

Carlos Barral

ENTRE LINEAS

...Perder las tardes en el bar o en el viejo café, tanto si uno había aprovechado las mañanas como si las había dilapidado, dejando correr el tiempo por entre la sospecha de la existencia de los demás, repetidores de chismes, bromas y alusiones tan constantes que congelaban el almanaque, o bebedores ceñudos y solitarios y jugadores de mesa de rincón, había sido frustrante y aburrido durante muchos meses, pero buscar cada día esa imaginaria compañía y encontrarse solo y desplazado entre gente fugaz, y atareada, era mucho peor, era angustiante. Perder el tiempo a solas es empresa imposible, al menos en los teatros del ocio colectivo. Eso era al menos lo que me repetía cada tarde, al canto de la enésima cerveza, cuando empezaba a encontrarme mal y comenzaba a detestarme.

Había intentado reemprender el trabajo, no el de las tallas del cobertizo que continuaban cubiertas con las viejas velas que Barral me había prestado, sino un trabajo de taller, un par de barro, algunos dibujos y un viejo cuadro empezado que aparentemente era un estudio de movimientos a partir de estudios de postura del herro Degas de la época en que me instalé. Era una armonía de grises, negros y azules tan casual que parecía a punto de cesar, lo que hacía muy difícil continuar pintando. Perdía muchos ratos haciendo y deshaciendo estúpidas pruebas. Era una tela muy grande, lo que es muy ventajoso porque permite muchos vagabundeos.

Los dos bloques cubiertos por las viejas velas quedaban estupendos así envueltos por ese algodón teñido y reteñido, lleno de historia, con costuras y remiendos y con esas trenzas de esparto de los matafiones y los cabos de rizo deshilachados. Si aquello hubiera sido, sólido, duradero, hubiese tenido la sensación de haber encontrado una forma de expresión, esa sensación falsa en la que sin embargo deben confiar tantos artistas crédulos, con fe en el progreso de las artes por vía de los inventos. Era una lata que los elegantísimos pliegues de esa lona con historia no fueran materia plástica, no fueran más que materia literaria.

Tampoco había abierto el taller de Angela, el viejo comedor apañado, y no había vuelto a ver las figuras más o menos terminadas y las escayolas que Ute y la mexicana habían acumulado allí. Pasaba mucho tiempo en el primer piso, en el estudio de la cojera, haciendo ver que leía o llenando páginas de un diario sin sentido, lleno de abstracciones y generalidades. Eso de la generalización es una enfermedad común del pensamiento artístico y sólo es tolerable en forma aforística y más bien eventual.

Veía a Barral muy poco a solas, pero con alguna frecuencia cuando tenía visitas, generalmente amigos comunes, lo

que era casi cada día. Yvonne procuraba que esas visitas fueran breves y aunque yo no me sentía implicado en la vigilancia de la fatiga del marido y más bien sospechaba que mi compañía, a menudo silenciosa, le hacía bien, procuraba no prodigarme, realmente preocupado por el evidente desmoronamiento del amigo. Muchos de esos visitantes llegaban al mediodía y se perdían unas horas en la playa, pero se comían la tarde del poeta, sacándole de su siesta y obligándole a una conversación que con frecuencia daba la impresión de impacientarlo. Pasaba de la pasividad a la agresividad verbal a propósito de cualquier cosa, de cualquier nadería, y se ponían vehemente hasta la asfixia. Bebía poco pero con gran ansiedad, espiando que nadie le viera para rellenar el culo del vaso, que diera la impresión de haber guardado un trago sobrante. Era evidente que envidiaba la embriaguez de los demás.

De esas visitas a Barral, cuya ceremonia compartía a veces y en parte —la de las últimas horas— y que empezaban a tener algo de macabro o de evangélico y caritativo, recuerdo con cierto detalle muy pocas, porque en general eran tan parecidas que se hacen la misma en la memoria. Pasó casi todo un día con nosotros —y digo con nosotros porque ese día lo empleé casi por entero en esa compañía— el ancianísimo y loquísimo Juan Larrea, que estaba de paso por España, entre otras cosas para ultimar una edición crítica de su más que admirado Vallejo, que Barral estaba llevando a cabo en su agonía editorial. Había aparecido ya, creo, el texto íntegro y restituido de los poemas, pero faltaba un segundo y enjundioso volumen de aparato crítico que el anciano tenía listo pero no podía entregar por no se sabe qué complicado problema de copia y corrección. Larrea viajaba con un nieto adolescente que por primera vez había salido de su Córdoba austral y serrana y que precisamente en esta visita veía de cerca el mar por primera vez. Al viejo eso le parecía un acontecimiento extraordinario, al muchacho, de expresión más bien estúpida, no, en absoluto. En cuanto el chico se alejaba, el viejo poeta se ponía a contar pestes de su convivencia con él y de su total incapacidad para comprender sus indiferencias, la banalidad de sus ambiciones y su afición patológica a las motocicletas. El niño había caído como un meteorito sobre su soledad a raíz de un accidente aéreo en el que perecieron sus padres, la hija y el marido. “*Le malheur vient des airs...*”, repetía, citando seguramente un poema muy conocido pero que yo ignoro y subrayando la cadencia con su bastón. Yvonne había sacado a la puerta de la casa una mesa montada sobre dos caballetes y había servido un aperitivo centrado alrededor de un porrón gigantesco de vidrio verde y encordado para colgar, como los que usan los pescadores en la mar. Ese instrumento, finalmente tan común, provocó la admiración del viejo, que empezó a disparar imágenes que revolvían Roma con Cartago o más bien el Medi-

terráneo con la civilización andina. Hablaba de cipos, más-caras y cóndores, como si fueran especies de la misma familia, cosa que me irrita mucho y que me llegó a poner mal educado. Pero no se daba cuenta; estaba como en trance. Mientras echaba tragos del vino casi salobre de la región, que encontraba delicioso, lo que me hacía pensar que era un vasco arrasado por el salvajismo criollo, que había olvidado la dulce Francia a pesar de sus fidelidades poéticas, descubrió que el nieto se había sentado de espaldas al mar en una dunilla, mientras pasaba, muy cerca de la costa, un velero de casco negro con todo el trapo al viento, envuelto en un revoltijo de gaviotas hambrientas. Apuntaba alternativamente con el bastón a esa especie de clíper de juguete y al niño meditando de espaldas al Mare Nostrum, repitiendo una y otra vez: "*Steamer balançant ta mâture, / Lève l'ancre pour une exotique nature!*" y, separando la cita con interjecciones: "Idiota, idiota, es un idiota". Y la verdad era que esta naturaleza, por definición la menos exótica del mundo, era exótica para el salvaje austral, pero se veía que no le interesaba y los barcos exhalando pájaros, tampoco. Barral tenía tal aspecto de fatiga que parecía más viejo que el ancianísimo, que lo era tanto que, según me contó después el propio Barral, la prensa y las revistas literarias lo habían dado por muerto repetidamente tres o cuatro veces en los últimos años, como si a las gentes que aún se acordaban de él les resultara difícil de creer que durase tanto. Después de ese aperitivo en la acera, se produjo súbitamente uno de esos milagros de luz y sombra, frecuentes en la baja primavera y que son como un combate de ángeles o de titanes en los cielos sembrados de nubes densas y de formas muy trabajadas. El viejo, entusiasmadísimo, quiso arrancar un paseo, pero Barral, que estaba esa

mañana a zumos de apio y mordisqueando la pipa apagada, se declaró en estado de incapacidad física, incluso para andar. Su confesión me produjo un pinchazo de angustia.

Recuerdo también alguna de las visitas de Gil de Biedma, rápidas y preocupadas, pero que alguna vez se prolongaron hasta entrada la noche, y una visita del novelista Juan Benet con Rosa Regás, su editora, antigua colaboradora de Barral. Pero la mayoría de aquellas cortesías con derecho a baño y a tragos abundantes, eran de escritores madrileños o sudamericanos, de esos que parecen llamarse todos igual y que hablan principalmente de estrategias editoriales y de dinero, casi con la misma impertinencia que la mayoría de los pintores. Esa raza de escritores, me comentaba un día mi amigo, que parecen no haber conversado nunca con anticipación sobre aquello acerca de lo que escriben, por lo que todos sus libros, cuando resultan buenos o al menos aceptables, parecen obra milagrosa, realmente inspirada por seres inmateriales que se expresan a través de tontos ejercitados en la artesanía literaria. Barral tenía razón; eran casi siempre aburridos y con frecuencia insoportables. Algunos de estos escribidores, como decía Vargas Llosa, generalmente los más anónimos y pesados, comparecían en compañía de colaboradoras actuales o pretéritas de Barral, más bien amigas vinculadas al oficio y que igual podían ser empleadas o exempleadas de su editorial, o funcionarias de otras firmas, aunque amigas, al fin y al cabo, y amigas de los autores. Venían cargadas de chismes que parecían divertir al editor y, en general, eran maledicentes y antipáticas. Pero yo me escurría de esas tertulias profesionales. Besuqueaba a las muchachas, tomaba una copa al vuelo y pretextaba falsas ocupaciones.



Juan Benet

Juan Larrea

Jaime Gil de Biedma